Voices of Sisters
Spirituality



"Es difícil no sonreír al leer el duodécimo grado de humildad. Una traducción moderna de la idea podría aclarar la cuestión: 'Muy bien, ya basta. Basta de poses. Basta de vestirse para el éxito. Se acabaron las grandes entradas en la reunión y las bromas para llamar la atención de los asistentes'": Hna. Joan Chittister. (Foto: Unsplash/Faye Cornish)



Sr. Joan Chittister

View Author Profile

Follow on Twitter at @joanchittister



Translated by Sr. Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

September 13, 2024
Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

«El duodécimo principio de humildad consiste en que manifestemos siempre humildad en nuestro porte no menos que en nuestro corazón, de modo que sea evidente... ya sea sentados caminando o de pie».

El duodécimo grado de humildad va directamente al meollo de la cuestión. Se lee directo y claro, sin equívocos, con certeza: "Manifestamos siempre humildad en nuestro porte no menos que en nuestros corazones, de modo que sea evidente...".

La palabra operativa aquí es 'evidente'. Evidente.

Aquí es donde viene la prueba. En este punto termina toda teorización. Ya no se trata de hablar de humildad. Ahora es el momento de la realización.

Esta vez, ya no se trata solo de considerar la presencia todopoderosa de Dios en nuestras vidas, ni siquiera nuestro grado de conciencia espiritual. Ahora, ya no se trata simplemente de aceptar los caprichos de la vida sin quejarse ni exigir más. Incluso va más allá de las ideas de aprender a escuchar y honrar las percepciones de los demás.

No, aquí, en lo alto de la escalera de los peldaños de la humildad, está el reto de ser humilde, de convertirse en la humildad misma. Sin palabras, sin oraciones, sin disciplinas penitenciales públicas; solo el poder de la propia presencia humilde.

> "La forma en que nos comportamos, hablamos, miramos, hablamos y caminamos con los que nos rodean es la única prueba real de nuestra humildad": Hna. Joan Chittister
>
> Tweet this

Ahora, habiendo aceptado todos los demás grados de humildad, se espera que nos convirtamos en aquello de lo que hemos estado hablando: humildes. Humildes hasta en el porte. Humildes hasta en la forma de presentarnos al mundo físicamente, así como en nuestra intención de bajarnos de nuestros tronos personales y reincorporarnos tan tranquilamente a la raza humana.

Es difícil no sonreír al leer el duodécimo grado de humildad. Una traducción moderna de la idea podría aclarar la cuestión más que el elegante lenguaje del pasado. En lenguaje más moderno, podríamos estar más cerca de la idea original si dijéramos: "Muy bien, ya basta. Basta de poses. Basta de 'vestirse para el éxito'. Se acabaron las grandes entradas en la reunión y las bromas para llamar la atención de los asistentes. Se acabó la necesidad de ocupar un lugar especial en la mesa. Se acabaron las expectativas sobre mi derecho a controlar a cualquier otro ser humano. No más poner los ojos en blanco en lugar de escuchar cuando alguien habla".

No, a estas alturas, se supone que somos capaces de fundirnos con el mundo que nos rodea —serenos, contentos, abiertos—, demasiado arraigados interiormente para ansiar la aprobación pública, para arrogarnos el derecho de señorear a otras personas en una nación que se autodenomina democrática.

Este es el momento que estábamos esperando. Es el momento de la integridad, de la comunidad, de la totalidad.

Hay un dicho: "La felicidad es cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces están en armonía". El duodécimo grado de la humildad consiste en vivir una vida integrada, una vida feliz en la que cada una de sus partes esté en armonía con todas sus demás dimensiones.

La verdad es que estamos hechos para ser transparentes. Las personas, al oír lo que decimos, deben saber lo que pensamos. Viendo lo que hacemos con nuestras vidas, la gente puede deducir lo que nos importa y cómo pensamos sobre las cosas.

Si decimos una cosa pero pensamos otra, en algún lugar, de alguna manera, todo empieza a filtrarse. Lo peor de todo es que la carga de la ocultación agota a una persona en todos los sentidos, en todas las dimensiones, desde el alma hacia fuera.

Benito, en su capítulo sobre "Humildad", es bastante directo sobre la vida entrelazada del alma, el cuerpo y las emociones como vida de integridad, fortaleza, serenidad y libertad. En el duodécimo grado de la humildad, su claridad es tan sencilla que asombra. Escribe: Nuestra humildad "debe manifestarse en el Opus Dei [en la oración], en el oratorio, en el monasterio o en el jardín, de viaje o en el campo, o en cualquier otro lugar".

Las instrucciones son dolorosamente puras: sé lo que dices que eres. No mientas, ni siquiera a ti mismo. No vivas dos vidas: padre amoroso/padre ausente, empleado honesto/empleado tramposo, servidor público devoto/famoso público ensimismado.

Advertisement

La verdad es que el egoísmo es la perdición de la construcción de comunidades. Se presenta como lo que no es, vive solo para sí mismo y presume de ser el heredero de su universo. Es una falsa e infundada pretensión de superioridad. Nadie puede construir nada duradero cuando los materiales son falsos.

Benito lleva los grados o principios de la humildad a un punto culminante en el duodécimo. La apariencia física, nos advierte, traiciona la calidad de nuestras almas. La gente sabe, mirándonos a los ojos, si realmente queremos estar con ellos o no. Saben si somos interiormente lo que pretendemos ser exteriormente. Incluso en una cultura cuya inclinación por lo informal rompió hace tiempo los límites del decoro, el exceso en cualquier dirección dice más de lo que queremos admitir sobre nuestro respeto por los demás.

Sobre todo, lo que vestimos y cómo nos comportamos nos define. Nuestra ropa, nuestra forma de andar, nuestros accesorios —los grandes signos de la religión o el pesado maquillaje, el exceso o la falta de ropa, la fanfarronería interesada o la simple verdad— nos exponen. Se suman a lo que está más en nuestra mente, cuán honesto es nuestro discurso, cuán cuidadosa es nuestra presencia.

Ciertamente, otra palabra para humildad es autenticidad, la gracia de ser quienes decimos ser.

Desde mi punto de vista, la forma en que nos comportamos, hablamos, miramos, hablamos y caminamos con los que nos rodean es la única prueba real de nuestra humildad. Cuando el insulto y la expectación, el desdén y la desestimación de los demás, la arrogancia y el autoritarismo son evidentes, exudan indiferencia hacia las necesidades y los valores, la inteligencia y la perspicacia de los demás. Entonces el tamaño de nuestra propia alma se encoge bajo la luz del día.

Nunca hemos necesitado tanto la humildad que une al mundo cuando el orgullo amenaza con separarnos. Al final, Benito tiene razón: la arrogancia sofocante, el autoengrandecimiento vergonzoso y la pomposidad insufrible que engendra el orgullo patológico exponen todos los puntos vacíos del alma. Y son enormes. O como dijo San Vicente de Paúl hace siglos: "La humildad no es más que verdad, y el orgullo no es más que mentira".

Y, recuerda, evidente.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 3 de julio de 2019.*